

Frank Zappa

Vivir el (alucinado) sueño americano

► Se cumplen 50 años de «Freak Out!», el debut del mítico músico. Pauline Butcher, su secretaria personal de aquella época, traza un retrato del artista en un libro lleno de detalles íntimos

NACHO SERRANO
MADRID

Más allá de la transgresión, la genialidad, la excentricidad y demás vocablos a los que nos agarramos para esbozar una idea rápida de lo que significó Zappa para el rock a finales de los '60, hay una palabra clave aún más pertinente: feísmo. Ese fue el recurso principal sobre el que el artista de Baltimore cimentó su personal apuesta para hacerse notar en la era del «flower power», un inabarcable y confuso maremágnum estético-musical en el que nunca se sintió seguro. «Estoy completamente de acuerdo, ese feísmo era una especie de barrera de protección tras la cual podía refugiarse de las críticas», afirma Pauline Butcher, una de las personas que formó parte de su pequeño círculo íntimo durante el lustro 1967-1971. «Cuando Frank empezaba a hacerse famoso aún no tenía tanta confianza en sí mismo, así que enfatizaba mucho el elemento "feo" o "desagradable" de la estética de su banda. Más tarde, cuando tuvo más reconocimiento y las groupies le perseguían por todas partes, abandonó esa actitud. Es más, en los '70 se convirtió en un hombre muy elegante y atractivo».

Butcher, autora de «¡Alucina! Mi vida con Frank Zappa» (ed. Malpaso), tenía 21 años cuando trabajaba en Londres en una agencia de secretarías. Era una chica tímida, pacata y trabajadora, una adolescente modélica para el estándar de formalidad de la clase media británica, pero su mundo se puso patas arriba cuando Zappa llamó a sus oficinas pidiendo una asistente para su estancia en la City. «Fui a la dirección que me dio mi jefa, y cuando Frank abrió la puerta me quedé estupefacta. Jamás había visto a nadie con esas pintas, ¡mucho menos a un cliente!», cuenta Butcher. «Entré en una sala llena de rockeros que no me prestaban atención, pero Frank fue distinto, era amable, inteligente y educado. Poco a poco fue demostrando interés por conocerme».

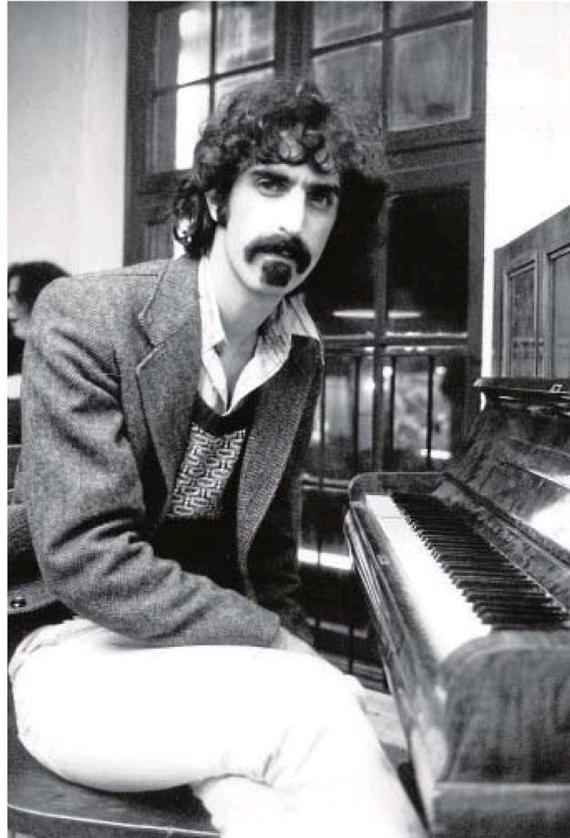
Zappa le encargó transcribir las letras de su disco «Absolutely Free», y además de quedar satisfecho con su empeño (la pobre tuvo que descifrar palabra por palabra entre alaridos y ruidos sin sentido para ella), le gustaron sus inocentes críticas -«¡qué música tan rara!»-. Es más que probable que nadie ajeno a su mundillo artístico le hubiera comentado nunca sus impresiones, y quizá en algún momento se sintió como

el rey desnudo del cuento «El traje nuevo del emperador». «Me impresionó muchísimo que un cliente aceptara mis sugerencias o mis opiniones, nunca me había ocurrido antes», dice Butcher.

El siguiente paso del por entonces líder de The Mothers of Invention fue invitarla a vivir en Los Ángeles y contratarla como secretaria personal, propuesta que Pauline aceptó como quien se tira de cabeza a una piscina sin mirar si hay agua. Fue allí, viviendo en la casa del artista, donde empezó a descubrir aspectos inesperados de su personalidad. «Era una persona tranquila y educada, pero aquello estaba siempre lleno de gente y vivíamos en medio del desorden. Me pasaba horas limpiando». Aquello era una especie de comuna hippie, pero sin drogas ni amor libre. «Me confesó que le aterrizzaba la idea de perder el control, estaba obsesionado con eso», cuenta Butcher. Zappa sentía aversión hacia el estilo de vida y las creencias políticas, sociales y espirituales de los hippies, y compuso brutales sátiras al respecto como «Plastic People» o «Flower Punk». Pero lo curioso es que éstos también le adoraban, «bien porque no entendían sus parodias o bien porque veían en él a un interesante ícono de la contracultura de la contracultura», cuenta Butcher mientras recuerda las visitas de Grace Slick (cantante de Jefferson Airplane), David Crosby o Mamma Cass a la caótica morada de los Mothers.

Amor platónico

Butcher fue contando sus impresiones por carta a su familia para desahogarse. Décadas después descubrió que su madre había guardado todas esas misivas, y el reencuentro con sus recuerdos la impulsó a escribir esta historia de amor platónico. «Fue una decepción enterarme de que Zappa estaba casado. Le veía como una especie de divinidad que estaba por encima del bien y del mal, que hacía lo que quería siempre, libre de cualquier convencionalismo, pero al conocer a su mujer Gail me di cuenta de que no, de que era un ser humano». Otra cosa que le llamó la atención, y que de alguna forma también le hizo ver que Zappa no era el hombre seguro de sí mismo que aparentaba ser, fue comprobar que estaba dominado por un machismo rampante. «Era extremadamente celoso y posesivo con su mujer, pero ella lo aceptaba así que



Frank Zappa ante el piano

ABC



«¡Alucina! Mi vida con Frank Zappa»
Autora: Pauline Butcher.
Editorial Malpaso.
407 páginas
Precio: 22 euros.
E-book: 12,99 euros.

Un hombre atento
«Cuando llegué, entré en una sala llena de rockeros que no me prestaban atención, pero Frank era distinto: amable, inteligente y muy educado»

Machismo inherente
«Fue una decepción enterarme de que estaba casado y de que era extremadamente celoso y posesivo con su mujer, pero ella lo aceptaba así»

yo también lo hice». Butcher recuerda que era algo normal en aquella época y recuerda una anécdota al respecto. «Una vez acompañé a una amiga que tenía una reunión en Londres con unos hombres del mundo del cine, entre ellos Billy Wilder. De repente nos dijeron "quitaos la ropa"... Tuve que llevarme a mi amiga de allí a la fuerza. Quería un papel en una película y me dijo que yo lo había estropeado todo».

Un beso lanzado

La perspectiva de una mujer metida en el rock'n'roll, un mundo mayoritariamente masculino, es uno de los puntos fuertes de «¡Alucina! Mi vida con Frank Zappa». Pero también lo es el hecho de que se trata de una mujer que no acabó de integrarse del todo ni en la extravagancia de la troupe Mother ni en el hedonismo extremo del «artisteo» sesentero. Miró, pero no tocó. «En Londres, cuando estaba conociendo a Frank, en una ocasión me lanzó un beso en la boca que no rechacé, y después insistió varias veces en acostarse conmigo. Por eso me sentí incómoda cuando me presentó a Gail. En ese instante lo saqué de mi radar, sabía que nunca cedería a sus intenciones. Estar con un hombre casado era romper mi regla número uno».